

Director-propietario: Federico Torralba Pedreño

Cartagena Artística

❖ Ciencias, Artes y Literatura ❖

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días, 1, 10 y 20 de cada mes.

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"
20, Calle del Aire, 20

Año 3. Núm. 69.

1 Marzo 1892

Sumario.

TEXTO.—*Biografía de D. Diego de Saavedra Fajardo*, por Andrés Blanco y García.—*A una niña muerta al nacer*, por Antonio Alcalde Valladares.—*D.ª Cecilia Delgado*, por Lorenzo Espino.—*La mujer*, por C. Navarro.—*D. Julian Romea*, por Eduardo Inza.—*El bozal*, por Angel Palacio.—*Mistress Langtry*—*El Globo de What*, por Federico Torralba.—*Defunciones*.—*Cartagena Artística*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*D. Diego de Saavedra Fajardo*.—*D.ª Cecilia Delgado*.—*Mistress Langtry*.—*La Flora: Casa del Excmo. Sr. don Justo Aznar en el campo de Cartagena*.—*D. Julian Romea*.

Don Diego de Saavedra Fajardo

Este grande hombre, uno de los gé-nios eminentes que brillaron en el reinado de Felipe IV, nació en Aljezares, lugar situado á media hora de Murcia, el 6 de Mayo de 1584, siendo bautizado en Santa Maria de Loreto de dicho pueblo. Sus padres D. Pedro de Saavedra y D.ª Fabiana Fajardo le educaron en los mas sanos principios de religión y de virtud, los que no dejaron de arraigar profundamente en su alma. El haber sido trasladado á Murcia á los pocos días de su nacimiento, ha dado lugar á que algunos eruditos, y entre ellos D. Nicolás Antonio, hayan querido atribuir á esta ciudad la gloria de que Saavedra viera en su recinto la luz por primera vez. Sin embargo no es infundada su razón, porque Aljezares ha sido considerado siempre como calle de Murcia, y especialmente hoy que pertenece al distrito judicial de San Juan.

En el año 1600, á los 16 de su edad, ingresó en la tan famosa universidad de Salamanca en la cual alimentó y desarrolló su inteligencia que debiera causar algún tiempo después la admiración del mundo. Siendo Caballero de la órden de Santiago, desempeñó el cargo de secretario en Roma del cardenal D. Gaspar Borja, y poco después le acompañó á Nápoles cuando fué nombrado virey de aquellos estados.

A pesar de no recibir más que la primera tonsura eclesiástica, fué nombrado canónigo de la Iglesia de Santiago (donde nunca residió) por los servicios prestados al cardenal Borja en las elec-

ciones de Gregorio XV y Urbano VIII y por haber desempeñado con feliz resultado varias comisiones. Algún tiempo después fué nombrado secretario del rey; y por no renunciar á su canon-gía ni á su carrera diplomática, quiso permanecer en Roma de donde se le nombró embajador, pasando después con el mismo cargo á otras naciones á causa de su reconocida disposición para la política. En 1636 asistió á la elección de Fernando III, rey de Romanos

cerse respetar á la faz de las naciones. Con este motivo se congregaron en Munster los primeros diplomáticos de Europa, y España envió á Saavedra en compañía de los condes de Peñaranda y Zapata. En dicha reunión manifestó Saavedra un talento tan grande y una política tan elevada, que sostuvo con la mayor dignidad la independencia de su patria, sin que nadie se atreviera á empañar, ni aun ligeramente, los maravillosos florones de su brillante coro-

de un cargo, por encumbrado que fuese, con tanta gloria como Saavedra: empero á los dos años de residencia en dicha capital, le asaltó una enfermedad que lo condujo al sepulcro el día 24 de Agosto de 1648, á los 64 de su edad. Fué enterrado en el oratorio del vicario general de RR. Padres Recoletos; mas dos siglos después, para que la revolución no profanase sus restos, el señor D. Pedro Sainz de Varanda, comisionado por la Academia de la Historia, de la que era sócio, trasladó sus cenizas á la Iglesia de San Isidro el Real, donde actualmente se encuentran.

Este eminente diplomático, el más grande político que nuestra historia registra en sus anales, no inmortalizó solamente á España de la manera que llevamos dicha: la gloria quizá más colosal que legó á nuestra amada patria fueron sus escritos. Hablamos de sus *Empresas políticas*. Esta grande obra fué impresa por primera vez en Viena en 1640, siéndolo al poco tiempo en Holanda, Francia, Bélgica, Italia y otras naciones. Dedicóla al príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos, muerto en la flor de su edad, para moralizar é ilustrar su educación.

Desde la legitimidad y origen del gobierno, hasta los más pequeños detalles de economía pública, se hallan consignados en esta obra; y no como Luis XIV proclama la fuerza como el medio más eficaz de dirigir una nación, sino la inteligencia, que es á la que se debe hablar como la parte principal del hombre. Encomiada y alabada por los mejores críticos nacionales y extranjeros, es lo suficiente para que reconozcamos en ella un mérito elevado: como pureza y corrección en el lenguaje castellano, baste decir que es la primera después de la obra inmortal de Cervantes.

La república literaria es otra de su obras. Fué publicada 22 años después de su muerte, en Santiago por D. José Salinas, precedida de un prólogo de D. Francisco Ignacio Porras, canónigo de aquella Catedral, y en ella se descubre una erudición profunda y un artificio sencillo y delicado. *La corona gótica* y las *Locuras de Europa* son consideradas como sus escritos inferiores, si bien algunos eruditos, y entre ellos don



Don Diego de Saavedra Fajardo.

en la ciudad de Rastibona, y á ocho dietas en los cantones de Helvecia, desempeñando posteriormente el cargo de ministro de España en Baviera.

La monarquía española que, desde los Reyes Católicos, habia adquirido la supremacía en Europa, decayó sucesivamente en los reinados de Felipe III y Felipe IV. Para restablecer el antiguo esplendor de España, era preciso reconquistar á Portugal, someter á Cataluña, debilitar el poder de los franceses y ha-

na. Este hecho tan gigantesco; este paso tan notable atrajo á nuestro diplomático muchos admiradores, y hasta la mayor parte de los extranjeros le rindieron la admiración que merecía un hombre de su política y elevado talento.

Vuelto á Madrid, mereció en premio de sus servicios ser nombrado introductor de embajadores, siendo al poco tiempo ministro del Consejo de Indias. Hasta entonces nadie se habia retirado